

por el estado de las cosas y la disposicion de los ánimos, como por la política de Mahomet II, se vió sitiado por todas partes el imperio de Constantinopla, separado de todos los pueblos que le eran necesarios, y reducido á sus propias fuerzas, ó por mejor decir, á su propia flaqueza y á la triste perspectiva de una ruina inevitable.

14. Entretanto, el Padre comun de todos los cristianos, ya sean dóciles ó díscolos, advirtió á los griegos que no alejasen con su obstinacion los ausilios que únicamente podian esperar del cielo, y los exhortó al arrepentimiento y á recibir los decretos de Florencia, amenazándolos, en términos que se han mirado como proféticos, que si no se convertian antes de tres años, serian tratados como la higuera del Evangelio, cortada hasta la raíz á causa de su esterilidad: con cuyo motivo se esplica el célebre Jorge Scolario, que fue poco despues patriarca de Constantinopla con el nombre de Genadio (1): ¡O maldicion terrible, y no menos puntual que eficaz! Fue proferida en el año de 1451, y en el de 1453 la infiel Constantinopla, cada vez mas obstinada en el cisma durante estos tres años de prueba, fue el oprobio del universo, y cayó en poder de sus enemigos. Lo mas maravilloso en este terrible prodigio (continúa el mismo autor) es que la nacion de los griegos, segun los términos del Papa Nicolao, aquella ilustre y formidable nacion, de un valor á toda prueba, de una sabiduría incomparable, y señora del mundo por es-

(1) *Gennad. in defens. l. 5. c. 14.*

pacio de tantos años, no está ya conocida, y ha caido desde la cumbre de la grandeza bajo el yugo de unos bárbaros infames, despues que la ha castigado la mano de Dios.

Por mas inmediata que parecia estar, y lo estaba en efecto, esta revolucion cuando el Papa dió á los griegos unos consejos tan saludables, lejos de conocer y desterrar sus errores aquellos cismáticos, escribieron en el mismo año de 1451, á nombre de su iglesia, á la cual llaman madre y maestra de todos los ortodoxos, para felicitar en términos espresos á los hereges de Bohemia porque se habian desprendido de las novedades romanas, y permanecian firmes en la fe verdadera. Al mismo tiempo los convidaban á reunirse con la iglesia oriental, no segun la perversa union de Florencia (decian) en que se ha hecho traicion á la verdad, sino segun los decretos inmutables de los padres, á quienes siguen inviolablemente los griegos. Esta carta se halla en griego y en latin en la biblioteca del colegio de Praga, en la coleccion histórica de los sucesos de Bohemia. Parece que el Emperador Constantino Paleólogo no tuvo parte en esta invitacion escandalosa. Al contrario, respondió á las advertencias del Sumo Pontífice, diciendo que gemia al ver la ceguedad de sus vasallos, y que segun el estado en que habia hallado el imperio al subir al trono, no le habia sido todavía posible sujetarle á las decisiones de Florencia; pero que estaba resuelto á hacerlo con la mayor brevedad, y aun á restablecer al patriarca Gregorio. Era este patriarca el



antiguo confesor del Emperador difunto, al cual redujo, durante el concilio de Florencia, con no menor sabiduría que celo, á la aceptación perfecta de todos los decretos católicos. Elevado á la silla patriarcal luego que se restituyó á Grecia, y no habiendo podido vencer la obstinacion de sus compatriotas, se habia retirado á Roma, donde murió poco despues de la mencion honorífica que de él hace aquí el Emperador.

Habia escrito al Papa este Príncipe por medio de embajadores, encargados de solicitar vivamente los socorros de que tanto necesitaba contra el formidable Mahomet, cuyo furor temia con mucha razon. Sin embargo, luego que se vió el sultan en el trono, renovó con él un tratado de paz, segun las máximas de su pérfida política, protestándole continuamente que le observaria con la mayor puntualidad, y que á lo menos no emprenderia nada contra el imperio de Constantinopla mientras viviese Constantino. Pero el Emperador conocia la índole del sultan, el cual no trataba mas que de traerle entretenido, y de diferir la guerra hasta que hubiese hecho preparativos necesarios para ella. A fin de persuadir mejor al Papa, le pidieron los embajadores griegos que enviase á Constantinopla un hombre sábio, que de acuerdo con el Emperador, pudiese verificar la conversion de los cismáticos. Deseando Nicolao condescender en todo con sus súplicas, envió al arzobispo de Kiovia, aquel griego tan ilustre por la sinceridad de su fe, á quien Eugenio IV habia creado cardenal en el concilio de

Florencia con Besarion de Nicéa. Parece que su legacion fue bastante feliz en los principios, supuesto que el Emperador le trató con mucho honor, recibió el decreto de union, y consiguió que le admitiesen igualmente muchos cortesanos y varios eclesiásticos. Pero se vió muy en breve que la obstinacion y la desgracia de aquellas gentes no tenian ya ningun remedio.

15. Entretanto ejercitó Nicolao V de un modo mas satisfactorio su solicitud pontificia (1). Siendo este Papa canónigo reglar del monasterio de San Jorge, en la isla de Alga, inmediata á Venecia, habia tenido una amistad muy íntima con su compañero Lorenzo, de la ilustre casa de los Justinianos. Informado Eugenio IV de sus virtudes y de su capacidad, le habia promovido al obispado de Venecia. Creyó el Pontífice Nicolao V que debia honrar mas un mérito que tomaba incremento con las distinciones; y estando vacante por muerte de Domingo Micaeli el patriarcado de Grado, al cual se habia reunido pocos meses antes el de Aquiléa, trasladó el Sumo Pontífice este título á la iglesia de Venecia, solo por consideracion á Lorenzo Justiniano primer patriarca de aquella ciudad.

No mostró Lorenzo mas adhesion á esta nueva dignidad que á la de obispo, que habia aceptado despues de una larga resistencia, y por pura sumision á las órdenes espresas del Vicario de Jesucristo. Como el Papa habia hecho esta innovacion sin consultar al

(1) *Vit. per. Bern. Justin. Ap. Sur. 8. Jan.*



senado, que temia que la nueva autoridad y el poder que se daba á su obispo resucitase las antiguas contiendas que habia tenido con los preladados anteriores, se presentó Justiniano á los sacerdotes, y les dijo: Que habiendo sido encumbrado contra su voluntad á la dignidad episcopal, y deseando mucho mas disminuir que acrecentar una carga tan pesada, rogábalos que condescudiesen con sus deseos, á no ser que su celo por el esplendor de la patria, que era el único interés que tenia él mismo, los obligase á tomar otra resolución (1). Movieron de tal suerte al senado estos sentimientos de humildad y patriotismo, que aunque antiguamente se habia opuesto á esta novedad intentada por el Papa Eugenio, que era natural de Venecia, pensó desde luego de muy distinto modo, é hizo las mayores instancias á Justiniano para que aceptase el título de patriarca. Desempeñó su nueva dignidad con tal acierto, por espacio de cinco años, esto es, hasta el momento de su muerte, que le miraban todos como un ángel bajado del cielo para edificación y consuelo de su pueblo. Reputábase dichoso cualquiera que recibia su bendicion, y bien recompensado el estado de Venecia por la deferencia que habia tenido con su santo patriarca, juzgó que las oraciones de éste habian libertado á la república de la ruina que la amenazó en la guerra obstinada y sangrienta que se vió precisada á sostener contra Felipe, duque de Milán.

Distribuía con tanta liberalidad á los pobres todo

(1) *Epitom. de Patr. Grad. P. 2. ad verb. Grad.*

lo que tenia y lo que le daban para satisfacer su piadosa inclinacion, que aunque era el conducto de las inmensas limosnas que le entregaban las personas de todas clases, apenas se encontraron en su palacio despues de su muerte algunos muebles de primera necesidad, pero de poquísimos valor. Lo mas admirable es, que habiéndose ocupado toda su vida en leer ó en escribir, no tuvo nunca libro alguno propio. Causó su muerte un sentimiento general, y la posesion de su cuerpo suscitó grandes disputas entre los canónigos de la iglesia patriarcal, y los religiosos de San Jorge, sus antiguos hermanos; apoyándose estos en su última voluntad, y aquellos en la exacta observancia de los cánones, que fijan la sepultura de los obispos en su catedral. La causa de los canónigos era la de toda la república, y se decidió á favor de ellos; pero transcurrieron antes sesenta y siete dias, en cuyo tiempo, aunque el Santo habia muerto de calentura pútrida, permaneció su cadáver incorrupto, y aun exhaló un olor muy agradable, conservando al mismo tiempo las megillas un color sonrosado y hermoso, con cuyo motivo concurrieron muchísimas personas, así del continenté de Italia, como de los países situados al otro lado del golfo. Le dotó Dios del don de profecía y de milagros, que unido á su vida seráfica y angelical, movió al Papa Clemente VII á ponerle en el número de los Santos. Nos han quedado muchos escritos de Lorenzo Justiniano, en los que resplandecen los mas tiernos afectos, bastante erudicion y una elegancia poco comun. Apenas le permiti-



tieron aprender los primeros elementos de las letras los muchos males que padeció en su juventud, y así es que reputaron su ciencia infusa y emanada milagrosamente del cielo.

Habíanse multiplicado en Alemania tanto los testimonios públicos y solemnes de la devoción de los pueblos al Santísimo Sacramento, que creyeron necesario hacerlos menos frecuentes para que se practicasen con una fe mas viva y con una piedad mas fervorosa. A este efecto, el cardenal de Cusa, en un concilio celebrado en Colonia, en calidad de legado, para la restauracion de la disciplina, contribuyó á que espidieran el decreto siguiente, confirmado por el arzobispo Thierry: „mandamos que en lo sucesivo no se esponga ni lleve en procesion el Santísimo Sacramento, sino en el dia del Corpus y durante su octava, y fuera de esto, solo una vez al año en cada ciudad, aldea ó parroquia, por una causa importante, y precediendo el permiso del ordinario; y que entonces se egecute esto con perfecta devoción y reverencia.” Semejantes procesiones se hacian antes todos los jueves del año.

16. En cuanto á Constantinopla, disipáronse las esperanzas que habia concebido el Papa al saber la buena acogida que tuvo su legado el cardenal Isidoro (1). Despues de la adhesion del Emperador y de sus mas fieles vasallos al decreto de union, celebróse en comun la liturgia en la catedral de Santa Sofia, y en ella se hizo mencion del Papa y del patriarca

(1) *Duc. hist. Bizant. c. 36.*

Gregorio refugiado en Roma. Principió entonces el pueblo á dar gritos sediciosos, se conmovió toda la ciudad, y acudió en tumulto á la celda del solitario Genadio, al que juzgaban santo las innumerables devotas y religiosas, de quienes era director. En vez de responder verbalmente este gefe del partido declarado contra la iglesia latina, fijó con aire misterioso en la puerta de su celda un escrito concebido en estos términos: „¡ay de los que reciban el decreto impío de Florencia!” Las mugeres, para quienes el voto de este director valia mas que el de toda la Iglesia, y que unian á su orgullo y presuncion una conducta muy arreglada, alzaron la voz sin ninguna reserva, y pronunciaron anatéma contra todos los que habian abrazado la union, ó la abrazasen en lo futuro. Los sacerdotes, los monges, los ciudadanos, los soldados, todos, á escepcion de una parte de los grandes y de un corto número de eclesiásticos, repitieron por todas partes: „anatéma á los fautores, anatéma á los esclavos de los latinos.” Rehusaban entrar en la iglesia de Santa Sofia, mirándola como profanada; huían, como de escomulgados, de todos los que habian asistido á la liturgia con el legado romano, y les negaban la entrada en las demás iglesias, la absolucion y la participacion de todos los sacramentos.

17. Continuaban los cismáticos su iniquidad, y el ministro de la venganza del cielo les preparaba el castigo. Despues de haber dado la ley el sultan Mahomet al Príncipe de Caramania en Asia, y de haber ajustado en Europa una tregua de tres años con



Huniades, gobernador del reino de Hungría; levantó en la orilla occidental del Bósforo y por la parte en que es mas estrecho, el castillo segundo de los Dardanelos, en frente del que habia edificado en la costa de Asia su abuelo Mahomet I. Hacíase de este modo dueño absoluto del paso, así para cerrarle á los navíos que fuesen desde el mar negro á Constantinopla, como para trasladar sus tropas desde Asia á Europa, y asegurar la retirada en caso de necesidad. Consistia esta obra en una ciudadela y en tres torres enormes: y se egecutó con tanta celeridad, que quedó concluida en cuatro meses. El Emperador Constantino Paleólogo, que penetró con facilidad las intenciones del sultan, quiso oponerse á viva fuerza á esta empresa: pero los vasallos fanáticos, agitados de aquel espíritu de vértigo que los hundia en el último precipicio, opusieron á su resolucion con el pretesto de que si consentian en ella, tendrian que luchar con las fuerzas formidables de los turcos. Decian otros con una presuncion insensata, que siempre estarian á tiempo de arruinar una fortaleza que en cierto modo se hallaba bajo su dominio; y aun hubo ciudadanos de Constantinopla que suministraron á los trabajadores turcos los víveres y los materiales necesarios para la construccion.

Recurrió esta nacion sin fe y sin consistencia al Papa pidiéndole tropas y dinero. Dice San Antonino, que por último se mostró sordo Nicolao á su solicitud interesada, y que no tuvo por conveniente imponer nuevas contribuciones á la Italia, aniquilada con

sus propias guerras, cuando podian emplear los griegos en la defensa de su patria los tesoros que codiciosos encerraban en las entrañas de la tierra, desde donde habian de pasar al poder de sus enemigos. Afirman otros historiadores que trató el Pontífice de enviar navíos y tropas á los griegos; pero que la celeridad de los turcos dejó sin efecto esta tentativa. No cabe duda en que con este objeto aprestaron una escuadra, así el Papa como los venecianos, genoveses y catalanes. Dejóse llevar sin duda aquel buen Pastor de su genio compasivo, despues del primer movimiento de indignacion, é hizo los mayores esfuerzos para salvar una grey indócil que se obstinaba en precipitarse (1).

18. Habia reunido ya el sultan sus tropas europeas y asiáticas, y no teniendo nada que temer de los Príncipes cristianos, envió al punto una parte de su ejército para demoler las fortificaciones exteriores de Constantinopla, y despejar toda la campiña (2). Pasó él mismo á principios de Abril del año 1433, con mas de trescientos mil hombres, entre quienes habia cien mil de caballería, y con mas de trescientos navíos de todos portes, á fin de acometer por mar y por tierra á aquella gran ciudad, que tenia por lo menos cuatro leguas de circuito. Estaba defendida por la parte de tierra con dos órdenes de murallas, y con fosos muy anchos y profundos. No habia mas que una muralla por el lado del puerto; pero estaba cerrado aquel con dos gruesas cadenas de hierro, y defendido con mu-

(1) *Æn. Sylv. ep. 15.* (2) *Phranz. Chalcondil. Leonard.*



chos fuertes, de modo que era muy peligrosa cualquier tentativa por aquella parte. No guardaba la guarnición proporción alguna en la extensión de la plaza, ni con la multitud de los sitiadores. En tan inmensa ciudad podía alistarse solamente el Emperador seis mil hombres de tropa reglada, sin contar unos tres mil entre genoveses ó venecianos, que tenían establecimientos considerables en Constantinopla. Muchos habitantes habíanse retirado, temiendo el inminente peligro en que veían á su patria. Los que se llamaban ciudadanos, eran casi todos unos hombres enriquecidos con el comercio, abismados en los placeres, consagrados los más á unos estudios frívolos, sin valor y sin espíritu de patriotismo, acostumbrados á una independencia insolente, y dominados de una avaricia insensata, que no les permitió contribuir á la defensa de su propia fortuna, unida con la de la patria. Habían enterrado su dinero, y el Emperador se vió precisado á reducir á moneda los vasos sagrados para pagar á la tropa, ofreciendo restituir un cuádruplo, si lograba hacer levantar el sitio. También se echó mano del pueblo, que era todavía muy numeroso, y aun de las mugeres, cuando rayó el peligro en lo sumo, para reparar las brechas y limpiar de noche los fosos que cegaban los turcos durante el día.

La marina de los griegos era aun menos formidable que la tropa de tierra. Para guardar el puerto, ó las cadenas que cerraban su entrada, contaban únicamente con siete navíos de alto bordo y dos galeras, al mando del almirante Notáras, con los buques de

algunos comerciantes, armados en guerra. Llegaron por fortuna tres navíos genoveses de alto bordo, el uno de ellos enviado en aquel mismo tiempo por la república con quinientos hombres bien armados, y los otros dos, que habían llegado un poco antes, mandados por el noble genovés Juan Justiniano, hombre que valía por una escuadra numerosa. Parece que de su valor incomparable, el cual experimentó no obstante un fatal eclipse, dependía la suerte de todo el imperio, pues subsistió éste mientras aquel se sostuvo, y cayó luego que llegó á desmentirse. Tuvo que pelear Justiniano, no solo con los enemigos de afuera, sino también con la envidia y las rivalidades intestinas de los venecianos y del almirante griego. El interés privado, la insubordinación, las quejas, las disensiones y el continuo peligro de una rebelión declarada, causaban tanta inquietud á los hombres de bien en el centro de aquella capital desgraciada, como los asaltos de los otomanos. El Emperador se veía precisado á disimularlo todo por el temor de que los descontentos y revoltosos viniesen á parar en apóstatas y traidores. No fue esta la única semejanza que tuvo el sitio fatal de Constantinopla, con el de la impenitente Jerusalem.

19. Mahomet principió los ataques por la parte de tierra, y los siguió de día y de noche con igual vigor. Con la copiosa y formidable artillería de que se había provisto, no tardó en abrir anchas brechas en el primer recinto. Tenía cañones de un calibre enorme, fundidos allí mismo por un húngaro apóstata, que era